

LA TÉCNICA DE BALZAC

P o r E D U A R D O A U N O S

AL igual que todos los escritores, Honorato de Balzac tenía su técnica, o, como diríamos hoy en lenguaje familiar, *sus trucos*. Uno de los resortes que siempre producen gran efecto cuando los maneja quien tiene talento y condiciones para hacerlo sentir a los demás, es situarse fuera del ambiente, actuar frente a las normas de su tiempo, pero siempre que tal actitud suponga una superación de los estilos *imperantes* y no un pretexto para ocultar la incapacidad de operar dentro de los criterios establecidos. Balzac, en plena época romántica, supo dar a su obra un aire de destacada originalidad. Se enfrentó con el romanticismo en lo que éste tenía de feble y contradictorio. En ningún caso menospreció ese sentido torrencial de la vida, ese ancho cauce de emociones e instintos que proporcionaban a la nueva escuela una indiscutible aura de grandiosidad humana. Por el contrario, toda su obra está cuajada del sentido gigantesco de las proporciones que tanto discrepa de la armonía y la moderación de los clásicos. A pesar de lo cual, tomó de éstos el sentido realista; la adecua-

ción de los sentimientos y las pasiones, al carácter y naturaleza de los hombres; la plasmación de sus personajes en tipos capaces de reflejar una tónica de vida. Rehuyó, tanto como le fué posible, dadas las exigencias de la época, hablar en primera persona; presentar casos singulares, perdidos en más anchas y difusas vetas de humanidad; entregarse deliberadamente a los soliloquios y a las soñaciones, como lo hicieron de modo desenfrenado los románticos. Es difícil, casi heroico, para un artista, despegarse de las influencias y de los gustos dominantes. Ello implica retrasar la hora del triunfo y condenarse a soportar un más o menos permanente estado de necesidades pecuniarias. No obstante, el autor de *La Comedia Humana* adoptó sin miedo tan rebelde actitud. Hizo, desde luego, más de una concesión a su público, pero, a lo largo de su creación literaria, supo aprovechar esas claudicaciones para consolidar definitivamente su peculiaridad. Queremos con ello aclarar que si sus singularidades se hallan sujetas a las influencias de la moda, no por eso resaltan menos en el ambiente general, por cuanto poseen un marcado carácter de disonancia en el conjunto literario del mundo romántico.

Le fué difícil captarse al gran público, pero, al fin, lo consiguió, y, una vez obtenido el general asenso, pudo asegurarse su fidelidad, precisamente por lo que tenía de personal su obra. Puede, por tal razón, afirmarse que quien se adentraba en los panoramas humanos y en el estilo desordenado, pero esencialmente dinámico de Balzac, no abandonaba ya a su autor, y le seguía a través de toda su producción. Tal vez la clave de ese triunfo fué el hecho de decidirse a aplicar sus ingentes facultades al mundo novelístico. La novela, era el género literario que entonces adquirió más prestigio y otorgaba mayores facilidades de expresión al ingenio creador del hombre. Si bien el auge de dicho género se produjo en la época romántica, no se dió este fenómeno por ser precisamente el siglo romántico, sino por cuanto tenía de esencialmente burgués. La novela de costumbres, constituye en puridad de términos un producto de la mentalidad burguesa, y de tal modo ello es así, que tal vez no pueda sobrevivir a la desaparición de esa clase so-

cial, caso de producirse. Mientras ese sector humano no adquirió prestigio y preponderancia, la novela apenas se atrevía a hacer otra cosa que pintar, de mano maestra, caracteres y escenarios. La vida burguesa adquirió su máxima expansión cuando comenzó el desarrollo del urbanismo, coincidiendo con ello un acerado espíritu de crítica y una libertad de movimientos, propios de la mentalidad y prejuicios de ese estamento social. La vecindad y contacto casi diario de multitud de seres humanos, abre un inmenso campo de posibilidades imaginativas, de observaciones, de censuras, de elogios, de descripciones y retratos, que ofrecen otros tantos temas, a quienes intentan abrirse paso con las armas de la literatura para alcanzar una situación preeminente. Por tal razón, así como en los siglos XVI y XVII predomina el género teatral sobre los demás, y a penas existe autor que no procure triunfar en él, al mediar el siglo XVIII, y sobre todo durante el XIX, la novela es lo que imprime carácter al mundo de las letras.

La novela burguesa se distingue por su obsesión de llegar a la vida real, de descubrir las interioridades más recónditas del espíritu humano sopesando los móviles que impulsan una determinada conducta. El acierto de Balzac es haber descubierto o presentido estas particularidades antes que nadie. El romanticismo se deleitaba y acudía casi con exclusividad a alumbrar los rincones más singulares del alma, a captar los destellos más originales o destacados de la pasión, y a exaltar el vigoroso impulso de los sentimientos. El realismo de Balzac chocaba contra la escuela admitida por las minorías directoras, todavía dueñas de las Academias y Universidades, es decir, con el clasicismo frío y deshumanizado de fines del XVIII, y, a la vez, con la minoría rectora de la nueva generación romántica. Pero se adaptaba, en cambio, como nadie, al gusto de sus contemporáneos, acogiendo cuanto el clasicismo tenía de tendencia hacia lo real, amplificándolo con el calor humano y la exaltación discursiva del romanticismo, para captar así las íntimas motivaciones que influyen en el destino vital de las almas.

Tal vez no hubiese sido tan rotundo su triunfo, si se hubiese ceñido a la singularización, al análisis, a la concordancia y al cho-

que de los temperamentos. Desde luego, le inducía a no moverse de ese razonable marco el carácter práctico, positivista y analítico de su familia, apegada a la tierra en lo tocante a sus abuelos paternos, y concentrada por lo que afecta a sus padres, dentro del círculo familiar y al ejercicio de la profesión. Su propia vocación literaria, para triunfar, hubo de salvar la prueba de los opuestos prejuicios paternos, riñendo áspera batalla con el ambiente. No obstante, la llamada hacia las realidades concretas del medio en que se desenvolvió la primera etapa de su vida, sintetizada en los estrechos puntos de vista del círculo social de funcionarios, comerciantes, abogados y médicos, que eran la más frecuente relación de su casa, le lanzó, como contragolpe, hacia los campos de la divagación metafísica. Y es casi seguro que esta escapada al mundo de lo maravilloso sea otra de las razones mayores de su éxito, pues aun cuando tengamos por falso y arbitrario su cosmos espiritual, sin él, la obra balzaquiana carecería de perspectiva aérea, quedando convertida en una vasta galería de tipos humanos sin resonancias de orden superior. Las desordenadas lecturas realizadas a espalda de sus profesores en el Colegio de Vendôme, pusieron a Balzac en contacto con toda esa frondosa literatura de tipo esotérico, tan en boga desde mediados del siglo XVIII. Ante sus ojos pasaron algunas obras de Raimundo Lulio, de Swendemborg, de Boëme, de Lavater, de Gall, de Buffon y tantos otros. Como si ello fuese poco, su madre poseía una abundante biblioteca de autores místicos. El afán de dar cima con la mayor rapidez posible a su formación, le habituó a leer con velocidad inaudita, dadas sus facultades de descubrir a primera vista las ideas esenciales de un texto determinado. Para retenerlas, guardaba en la memoria las palabras más características del mismo y el esquema de los razonamientos básicos, con lo cual quedaba fijado el conjunto durante largo tiempo, como si se tratase de una ficha mental. Desde luego, no asimiló con rigor lógico cuanto había leído, pero la diversidad de materias sobre las que dejó caer su atención, le permitió poseer un abundante material de trabajo.

La disciplina severa del Colegio de Vendôme, su formación esen-

cialmente clásica, las ingentes dificultades con que hubo de hacer frente durante toda su vida, le distinguen de los románticos más admirados de su tiempo, casi todos ellos mimados por la vida o entregados a una existencia libre y llena de halagos. La dura e inflexible realidad, le hizo comprender que no podía convertirse en un original, apartado del torrente de las luchas humanas. Las necesidades, más fuertes que su voluntad, se imponían sobre los deseos, encadenando sus sueños y poniendo un freno a sus delirios. Mientras otros románticos afortunados se entregaban al fácil y amable menester de crear un mundo a su manera, Balzac se veía envuelto en el mundo de lo cotidiano, y a él hubo de subordinar su vena lírica y su aliento creador. Nunca fué un bohemio despreocupado y alegre. Le gustó vivir bien, cuando pudo hacerlo, y si amó el lujo, fué porque lo creía necesario y obligado complemento de su situación social como escritor. Tales factores, desarrollaron en él un hondo sentido de observación y de crítica, habituándole al trabajo de producción regular, no sometido a los vaivenes de la inspiración o del capricho. Libre para satisfacer a su hora la necesidad de evadirse hacia campos del ensueño y capaz de disciplinar su actividad en los períodos de creación literaria, no es maravilla que en un solo año, el de 1834, por ejemplo, encontrarse tiempo bastante para escribir gran parte de la *Historia de los Trece*, *La Mujer de treinta años*, *Seraphita*, *La Busca de lo Absoluto* y *El Padre Goriot*, que es, probablemente su obra maestra.

Tal diversidad y abundancia de obras, producen la impresión de hallarnos frente a un caso lindante con el milagro. Sin embargo, todo lo explica su actividad perfectamente dirigida, que le permite aprovechar los restos de su jornada, es decir, todo momento libre, cualquier instante vacío, para entregarse en cuerpo y alma a la tarea de producir, olvidando los problemas materiales, los asaltos de las tentaciones y los desengaños del corazón, lacerado por mil amores desafortunados. Los cortes casi constantes de su tarea como escritor, no repercuten en la unidad de acción de sus obras, y ello gracias a su sistema de trabajo, consistente en la composición previa de un escenario en el que un conjunto de citas de libros

y diccionarios, situados en torno a una perfecta síntesis de la trama, permiten agrupar y adaptar sin titubeos todas las particularidades de la acción a desarrollar. En la creación de sus obras, puede, por tal razón, prescindir del rigor de una constante laboriosidad, pero no del apoyo de los libros de consulta, que denomina «sus útiles de trabajo».

Un día del año 1833, poco después de haber publicado *El Médico Rural*, Balzac tuvo la idea de enlazar todos los personajes de sus obras, como si constituyen un cosmos orgánico lleno de correspondencias y gradaciones. Esa iniciativa, tal vez le fué sugerida por la necesidad de limitar el área humana de su creación, reduciéndola al propio horizonte cotidiano de sus observaciones sociales. Sante-Beuve, que le critica en este aspecto de su técnica literaria, tal vez con mayor acritud que otros, ignoraba hasta dónde contribuyó tal peculiaridad a asegurar su buen éxito, afirmándole en la inmortalidad literaria. No menos decisiva fué la reacción de Balzac frente a los problemas sociales que entonces afloraban con vigoroso impulso. Si los pre-románticos y los románticos habían llevado a sus obras el espectáculo maravilloso de la naturaleza, a Balzac le pertenece la gloria de haber captado antes que nadie el ancho y torturador panorama del mundo moderno, con sus ciudades, sus informes masas multitudinarias, los talleres, las calles, los despachos, los teatros, todo el conjunto, a veces, sórdido y, otras, luminoso de una vida colectiva intensa y absorbente. De continuo tomaba apuntes y recogía observaciones. Sentía la obsesión de captar la existencia humana en sus ondas movibles de mayor intensidad creadora, como si anhelase recogerla del hontanar mismo de donde mana normalmente. Hallar nombres para sus personajes, tenía para él una importancia decisiva, pues, a su entender, los nombres inventados impiden que los seres imaginados posean calor vital, en tanto que los extraídos de la realidad tienen la virtud de poseer un vigor y una fuerza emocional indudables. Por ello se sirvió en gran parte de las inscripciones de las tiendas para bautizar a sus protagonistas, o aceptó aquellos otros que llegaron a su conocimiento de modo espontáneo. Los patronímicos poseían, se-

gún él, un sentido trascendente, cabalístico, casi de predestinación.

El genio de Balzac radica en su poder inmenso de concepción, de plasmación y de desarrollo de las tramas humanas que desenvuelve dotándolas de una gran dosis emocional. Lejos de limitarse a desempolvar añejas técnicas o renovar viejas ejecutorias, crea un procedimiento, cuyo principal mérito ante el lector es la sorpresa, sin conculcar jamás por ello, las reglas de la lógica humana. Su estilo, es espontáneamente vivaz, adaptado o los momentos de su creación. Nada de academicismos inertes, ni atropellos de forma. Aprovechando cuanto de tradicional cree digno de ser guardado, innova, crea, esparce por doquier vida y fulgor de realidad. Su sensibilidad es enorme; su mundo imaginativo casi insuperable. Por ello, ha podido decirse que es un vidente a quien le fué dado persentir la realidad, y un realista que supo proyectar la realidad en el campo azul de los sueños creadores. En el fondo, la técnica de Balzac es clásica, pero influída por el espíritu de su época. Si hubiese prescindido de éste, hubiera sido un producto artificial, y hoy ya nadie hablaría de él, porque quien hace traición a su época, traiciona su propio destino y destruye todo el valor trascendental que pudiera tener su obra.

